

MARÍA SOLEDAD GÓMEZ NAVARRO, *Reforma y renovación católicas (Siglos XVI-XVII)*, Síntesis, Madrid, 2016.

Largo ha sido el camino recorrido por la historiografía sobre el mundo católico desde que Jean Delumeau escribiera aquella obra seminal y deslumbrantemente innovadora titulada *Le Catholicisme entre Luther et Voltaire* en el año 1970. De ahí que Soledad Gómez Navarro haya querido incorporar toda la rica investigación aportada en los últimos tiempos a una temática tan amplia como sugestiva. Algo que se constata en la bibliografía citada y en la simplemente adivinada (para no cargar el libro con excesivo aparato crítico), así como en la riqueza del plan de la obra, que se hace cargo de las tendencias reformistas pre-tridentinas, de las disposiciones del gran Concilio de Trento, de la vida religiosa barroca, de la germinación de las heterodoxias en el seno del catolicismo, de los conflictos entre la fe y la religión, de las actitudes ante el mundo exterior (los protestantes o los paganos de las áreas extraeuropeas), de las guerras de religión de los siglos XVI y XVII e incluso de la actitud católica ante las nuevas ideas de la Ilustración, aunque en este caso sea a modo de un epílogo que se deja abierto.

Y también en el debate preliminar acerca de la conceptualización del proceso de renovación del catolicismo emprendido en el siglo XVI. ¿Fue una Reforma católica, puesto que sus primeros pasos ya se habían dado en el Cuatrocientos y puesto que la opinión protestante ya había sido desechada para la gran acometida de la rehabilitación de la Iglesia? ¿Fue una Contrarreforma, puesto que su verdadera puesta en práctica se demoró varias décadas después de la rebelión de Lutero y puesto que las propuestas adoptadas por los protestantes marcaron en gran medida la programación y la orientación de los debates tridentinos? Sin duda, el término de Contrarreforma es utilizado, como bien señala la autora, con una carga ideológica peyorativa, pero igualmente es cierto que Trento quiso no sólo afianzar la fe tradicional, sino “reconquistar” las provincias de la herejía y “conquistar” los mundos extraeuropeos, desde una actitud militante y combativa. Utilicemos, las palabras de Marc Venard como modelo de equilibrio, siguiendo también aquí las palabras de la propia autora:

Si se está de acuerdo en que los intentos de reforma en el seno del catolicismo hundan sus raíces, tan profundamente como las del protestantismo, en el impulso reformador de fines del Medioevo y no deben nada a Lutero, entonces habría que hablar de ‘reforma’ católica, pero si se piensa que para el advenimiento de la reforma han sido necesarias la presión de los

reformadores sublevados y la ruptura de la cristiandad, y que la definición de los dogmas católicos se ha hecho precisamente para responder a las afirmaciones protestantes, aun a riesgo de forzar las divergencias, entonces tendría que usarse “contrarreforma”.

Solucionado así sabiamente el problema conceptual (y dejando sin considerar la incidental alusión providencialista del teólogo Yves Congar de la página 297), el segundo capítulo se dedica ya al análisis de los movimientos reformistas de los siglos XIV y XV, que significativamente se orientan en una dirección muy opuesta a la de la Iglesia establecida, ya sean las propuestas de John Wyclif en Inglaterra, las de los místicos renanos (como Johannes Eckhart, Jan van Ruysbroek o Johannes Tauler) o las de Jan Huss en Bohemia, mientras que las de los grandes humanistas del siglo XVI interesados en la renovación religiosa no fueron escuchadas ni por protestantes ni por católicos, sino que fenecieron en la ancha zanja excavada por los dos bandos en conflicto.

Trento aparece como piedra angular de la reforma católica. El tratamiento de su obra se organiza de manera clara, presentando siempre en paralelo las declaraciones doctrinales y las disposiciones pastorales, desplegando el amplio espectro de las primeras (la escritura y la tradición como fuentes de la revelación frente a la *sola scriptura* protestante, la necesidad de las obras junto a la fe para la justificación frente a la *sola fides* protestante, el concurso del libre albedrío para la salvación frente a la predestinación protestante y la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la eucaristía frente a las distintas fórmulas denegatorias de los protestantes) y poniendo a punto toda una serie de medidas de reforma para el segundo caso: la jurisdicción episcopal, la garantía de la dignidad material y moral del clero, la formación de los sacerdotes (inicial a través de los seminarios diocesanos y permanente a través de los sínodos provinciales y las visitas pastorales), las formas del adoctrinamiento de los fieles y de la predicación del evangelio.

Los siguientes apartados se encargan del despliegue de las medidas adoptadas en Trento a fin de configurar la nueva Iglesia barroca en todas sus vertientes. Y así, se señalan sus efectos sobre el clero secular y el clero regular, la renovación de los estudios teológicos, el auge de las nuevas formas de espiritualidad (desde el Oratorio de París hasta las obras de Teresa de Jesús), las corrientes surgidas en el seno del catolicismo y consideradas heréticas (del jansenismo al quietismo), las prácticas religiosas de los márgenes (desde las ricas expresiones populares que los ministros eclesiásticos trataron de reconducir hasta los procesos de brujería), los desencuentros entre la Iglesia y el Estado absolutista (regalismo en general y galicanismo en referencia a la Francia de Luis XIV) o las fricciones con los adalides de la revolución científica. En este último caso, se analiza con gran detenimiento y solvencia el famoso proceso contra Galileo Galilei, por su carácter emblemático, pero no debe perderse de vista que el conflicto entre la ciencia y la fe tiene raíces más hondas y ramificaciones más fron-

dosas, de tal modo que en el *Índice de Libros Prohibidos* se encuentran registradas prácticamente todas las obras que han supuesto un hito en el avance de la ciencia y de la conciencia libre del hombre.

Otro de los capítulos se dedica a la “reconquista” de la Europa protestante (saldada con resultado vario, desde la Inglaterra anglicana y calvinista hasta los límites del Imperio en Bohemia y Hungría), así como a la “conquista” de nuevos mundos a partir de la actuación misional, cerrada con gran suceso en América, pero con mucho menos éxito en Asia o en África. En este caso, los resultados positivos o negativos para el catolicismo provienen de un hecho fundamental: la evangelización avanzó en los territorios previamente dominados políticamente (caso de América y de las Filipinas), pero no pudo superar los obstáculos que le opusieron las civilizaciones muy consolidadas de Asia, donde las creencias tradicionales fueron amparadas por estados poderosos, que terminaron por expulsar a los misioneros de sus tierras, como ocurrió en China o Japón, por no hablar de los impermeables mundos islámicos. E incluso en África la vieja cristiandad monofisita de Etiopía resistió la ofensiva de los jesuitas enviados por Roma.

Tras escudriñar la raíz y exponer el desarrollo de los grandes conflictos bélicos que, bajo la capa del enfrentamiento religioso, ensangrentaron Europa durante la segunda mitad del siglo XVI (“guerras de religión” de Francia) y la primera mitad del siglo XVII (guerra de los Treinta Años, en realidad una primera guerra europea), la autora se asoma a la época de las Luces, cuya evolución ideológica va a plantear un serio reto tanto a la Iglesia oficial como a los fieles católicos individualmente considerados, con el auge del primado de la razón y del proceso de secularización de la vida cotidiana o con la aparición del deísmo y aun del ateísmo y de un lento proceso de descristianización. Sin embargo, esa es otra historia que apenas se esboza en las páginas de un libro que se ha propuesto sobre todo dejar constancia con una obstinada voluntad didáctica (patente en su orden expositivo y en el soporte de una cronología, una selección de textos esenciales y una bibliografía básica) del momento del triunfo de la Iglesia de Trento, de la expansión acelerada de la reforma (o la contrarreforma) católica en Europa y sus dependencias ultramarinas, cuyas expresiones más características se exponen en sus páginas con todo el rigor y la solvencia que dan el dominio de la literatura precedente y la dilatada familiaridad con la temática.

Carlos Martínez Shaw
UNED
cmshaw@geo.uned.es